

TALISMÁN

DESDE el día que conocí a Marchamalo, en la Cafetería El Soportal de la Plaza Mayor, supe que su apariencia sosegada y bondadosa ocultaba un secreto que en nada contrariaba esas cualidades, pero que podía alimentar una obsesión muy relacionada con el sentido de su vida.

Me recordó a mi viejo amigo Lumeras, no en lo físico pero sí en cierta capacidad de convicción y persuasión, y en esa aureola tan particular de las personas con quienes se charla tan a gusto. El asunto habitual de las conversaciones, con uno y otro, son los libros, y en la derivación que el amor a los libros conlleva, hay en Marchamalo, igual que en Lumeras —a quien, por cierto, hace mil años que no veo—, una insistente indagación que va más allá del placer de leerlos, como si los libros estuviesen hechos de un talismán irresistible.

Nunca he visto a Marchamalo, desde aquel primer día, sin un libro en las manos o en la cartera, casi siempre con varios, y en algunas conversaciones, tan llenas de gusto y erudición, he sentido el entusiasmo y la ansiedad que Lumeras traslucía, ese brote de la obsesión que es un alimento revitalizador, lo que alguien llamaba un buen motor interno para que la vida no languidezca.

A Lumeras, que había parafraseado un bello título de Cortázar, para avalar su obsesión, y lo repetía como una frase hecha y deseada: “todos los libros el libro”, se me ocurrió una vez hacerle un regalo, que me agradeció por su carácter simbólico. Era un libro, muy bellamente encuadernado, y con las páginas en blanco.

Cuando en una ocasión se lo conté a Marchamalo, vi que sus ojos brillaban y la sonrisa remarcaba con mayor intensidad que nunca la felicidad habitual de su rostro. Rebuscó un instante en la cartera y me mostró un libro extremadamente parecido al que en su momento le había regalado a Lumeras, con las páginas en blanco.

Es un recurso maravilloso, una fórmula infalible para sentirse dueño de todos los libros del mundo,

de los escritos y de los que todavía no lo están, aseguró Marchamalo. Lo abres y se cumple el sueño, sin la menor frustración. Bueno, le dije un poco sorprendido, yo pensé que era un consuelo, por eso se me ocurrió el regalo. Un consuelo, por supuesto, y un espejo, aseguró Marchamalo. También un salvoconducto para esta íntima obsesión que, como bien dices, alienta el sentido de una vida. No puedes imaginarte la cantidad de ellos que llevo regalados...

LUIS MATEO DíEZ